



Catedral de Worms.

SEGUNDA SERIE.—1863.

AÑO XXI. 2.

WORMS.

GRAN DUCADO DE HESSE.

Worms es una de las ciudades principales del gran ducado de Hesse, cuya capital es Darmstadt. Desde que se aproxima uno á los arruinados muros de su vasto recinto, que contenia en otro tiempo una poblacion de cuarenta mil almas, reducida hoy á ocho mil, se comprime el corazon y se siente apoderado de él la tristeza. ¿Quién ha arruinado á Worms, antigua ciudad imperial, tan célebre en la historia de Alemania? Luis XIV, él fué el que con una palabra la hizo poner á sangre y fuego por Crequi y Mellac, en 1689. Solo uno de sus hermosos edificios se ha conservado bastante bien del incendio, para dar una idea de su antiguo esplendor. La catedral ó el *domo* es un hermoso tipo de los edificios romanos con doble ábside; fué comenzado en 966, y terminado en 1016. Nada tiene de notable su fachada; empero sus puertas laterales son interesantes. Nuestro dibujo manifiesta bastante bien toda la elegante solidez de su doble ábside y de sus campanarios. El interior está adornado de frescos bizantinos y de preciosos bajo-relieves del siglo XIII, de numerosas estatuitas, de ricos sepuleros y de capillas del estilo gótico florido, muestras del arte de las épocas desde el décimo al undécimo siglo. La capilla baja ó capilla del bautismo, *Tauf-Capelle*, situada á la izquierda de la puerta meridional, es curiosísima; alrededor de su piscina, urna inmensa, están figurados Jesucristo y sus doce apóstoles. Otra capilla encierra los sepuleros de las Santas Embeda, Parbeda, Wellebeda, así como un bajo-relieve representando á Daniel en el lago de los Leones. Fuera de la catedral, Worms nada ofrece á la curiosidad del extranjero, á no ser la iglesia gótica de Nuestra Señora, obra del siglo XV, la iglesia de la Santísima Trinidad, reedificada en 1725, y la sinagoga de los judíos, que trae su fecha desde el siglo X.

ESTUDIOS ANECDOTICOS.

UNA HISTORIA DE LADRONES.

En el año 182... un inglés, lord W***, perteneciente á una de las primeras familias de la Gran Bretaña, si se ha de juzgar por sus distinguidos modales y raro desprendimiento, viajaba por nuestras provincias del Mediodía, y á la verdad que en aquella época no dejaba de ser empresa bastante arriesgada, pues el lamentable estado de nuestra España era causa de que el país estuviese en muchas comarcas á merced de los ladrones que cometían gran número de espantosas hazañas.

Lord W***, hombre despreocupado y solo en el mundo, dotado de una sangre fria extraordinaria tan propia de los de su raza, con ese carácter triste que domina á todos los hijos de la industriosa Inglaterra, necesitaba experimentar grandes sensaciones para que su alma gozase y se apartaran de él las melancólicas ideas que le atormentaban, y que sin duda

tenían su origen en las razones que dejamos dichas anteriormente, ó tal vez en causas desconocidas para nosotros y que solo podriamos señalar averiguando la vida anterior de aquel hombre extraño. Así pues al viajar por Andalucía, su principal objeto era distraerse y ver si lograba dar con algun bandido que le sacase de su habitual tristeza. Hombre escéntrico, deseaba ser robado y deseaba estudiar si le era posible la vida íntima de aquellos que le robasen. Desesperaba ya de conseguir su objeto, cuando un dia que viajaba á caballo y completamente solo, al dar vuelta á un recodo del camino oyó de repente la voz de ¡¡¡alto!!! y se vió amenazado por una porcion de bocas de fuego que dirigian la puntería á su cabeza, sostenidas por algunos hombres ocultos entre rocas.

—No dispareis, gritó una voz varonil, y apareció al mismo tiempo un jóven de bella figura montado en una preciosa jaca y vestido á estilo del país.

—Y tú, añadió con tono imperioso dirigiéndose al inglés, detente ó de lo contrario...

Paró al punto nuestro viagero su cabalgadura, y esperó con gran tranquilidad el resultado de semejante encuentro. Pasados algunos momentos el bandido dijo:

—Dame al punto el caballo y la bolsa ó mando que te quiten la vida. Escoge.

—Por cierto que la eleccion no es dudosa, dijo lord W*** que conocia bastante nuestro idioma. Toma el caballo y recoge la bolsa, añadió echando pie á tierra y entregándole el bolsillo.

Admirado el bandido de que aquel hombre no se intimidase y viendo por el contrario lo poco que le preocupaba el lance, no pudo menos de exclamar:

—Acostumbrado á que tiemblen todos delante de mí, me extraña mucho que tú estés tan sereno cuando tan cerca tienes el peligro, puesto que una sola palabra mia fuera suficiente á ocasionar tu muerte.

—Puedes pronunciarla si quieres, replicó el inglés, porque ni temo la muerte ni la deseo; viajo por Andalucía con el único objeto de que me roben, vienes tú, me pides el caballo y la bolsa, te lo entrego y quedo tranquilo; no temo que me hagas daño, porque te he complacido y estoy contento porque he logrado mi deseo.

—A la verdad que es raro gusto, y que tal vez seas el único que lo tengas.

—Si otros no lo tienen será porque no se encuentren en las circunstancias especiales en que yo me encuentro. Conozco á la sociedad en su parte buena y quiero conocerla en la mala para imitar á los unos y sobreponerme á los otros.

—Si tal es tu propósito ven conmigo, dormirás esta noche con nosotros como si fueras de la partida; aprenderás nuestra vida y satisfaras tu gusto. Espero que tu indiscrecion no me hará arrepentir de sentir esta prueba de simpatía que te doy.

—Fia en mí, dijo lord W***, que soy caballero, y como la proposicion del bandido estaba tan en armonía con sus deseos, montó otra vez á caballo y ladrones y viagero se pusieron en camino para ir á reunirse con el resto de la cuadrilla.

Llegaron al sitio donde esta se hallaba, y facilmente comprenderán nuestros lectores el asombro que produciria la presencia del nuevo huésped. Hombres de buen humor, hijos todos de nuestras provincias andaluzas, no faltó en toda la noche larga y amena conversacion. Se contaron graciosos

chascarrillos, famosas aventuras, y de seguro gran número de mentiras. Se comió bien, se bebió mejor y lord W*** pasó una de las mejores noches de su vida.

A la mañana siguiente lord W*** se despidió de los bandidos, y el mismo del día anterior, que era el jefe, lo acompañó hasta ponerlo en camino. Al despedirse le dijo el ladrón:

—Supongo, caballero, que admitireis un cambio; vuestro caballo queda en nuestro poder, no como robado, sino en lugar del que montais, que en nada desmerece, y vuestra bolsa, que yo retengo en memoria de amistad, permitid que sea reemplazada por esta otra, y diciendo esto alargó un precioso bolsillo de seda, lleno de oro. Absorto quedó lord W*** con tan extraña salida; pero repuesto al momento, presentó la mano al bandido y apretándosela dijo:

—Admito gustoso el cambio, en el que ciertamente voy ganando mucho. No olvidaré nunca que os debo la vida, una noche feliz y una lección de generosidad. Acepto la amistad que me ofreceis y para corresponder á ella, oid bien lo que voy á deciros. Soy rico, soy poderoso; marchó á Madrid donde cuento con buenos amigos, y si algún día necesitaseis de mí, sea para lo que quiera, me tendréis á vuestra disposición. Yo haré en vuestro favor todo lo que un hombre puede hacer humanamente por otro, estad seguro.

—Lo creo, y podeis contar conmigo como yo cuento con vos, dijo el capitán de ladrones, y picando espuelas, cada cual desapareció por distinto lado del camino.

.....

Habían pasado ocho años de las escenas que acabamos de referir y nada había vuelto á saber el inglés del bandido.

Lord W*** relacionado con la mejor sociedad de la corte era el hombre á la moda, asistía á todas las reuniones y en todas era apreciado y querido. Su larga permanencia en España le había dado algo del carácter español. Su gran caudal, sus esquisitos modales, su talento y su rectitud, hacían de él un hombre verdaderamente apreciable. Asistía diariamente á la tertulia del marqués de X*** con quien le unían relaciones muy estrechas. A pesar de su carácter no pudo resistir á los encantos de la preciosa Emilia, hija única del marqués. Contaría apenas esta linda jóven veinte y cuatro años y era una de las mugeres mas hermosas que Madrid tenía por entonces. Sus ojos grandes y rasgados, un rizoso cabello, su diminuta boca y nacarados dientes, su pié breve y su dulce sonrisa, su gran talento y extraordinaria gracia en el decir, formaban el conjunto mas bello que la pintura y la poesía pudieran forjarse.

Lord W*** se fijó en ella desde luego y empezó á darla á conocer lo que su corazón sentía, y podemos asegurar que ella no le oyó con indiferencia. A pesar de la distancia de edad, el ser amada de lord W***, el hombre á la moda, era un triunfo; nada de particular tiene por tanto que Emilia accediese á los ruegos de su pretendiente. Por otra parte el marqués de X*** tuvo una verdadera satisfacción al saber que Emilia había respondido de una manera favorable á los deseos manifestados por lord W*** de modo que todo era satisfacción y contento para los dos amantes. Así pasó algún tiempo, y Emilia de carácter dulce y simpático, sino amaba tiernamente á lord W*** lo respetaba y estimaba como al mejor de los hombres. Entretanto el momento de la boda se iba aproximando y todo marchaba á gusto de nuestros enamorados.

Así las cosas, un día que en casa del marqués de X*** había baile para celebrar su cumpleaños, uno de los jóvenes mas elegantes de nuestra aristocracia se acercó al dueño de la casa y le dijo:

—Tengo el gusto de presentar á vd. al conde de Montearroyo, uno de mis mejores amigos.

El marqués de X*** le hizo los cumplidos de costumbre, á los que el nuevo presentado correspondió con una elegancia y cortesía esquisitas.

Como era natural, todo el mundo fijó su atención en el jóven conde; los hombres le encontraron mil defectos, á las mamás con niñas casaderas, les pareció admirable, y las niñas convinieron en que no era del todo malo para marido.

Pasado el primer momento, el mismo jóven que le había presentado al conde, se adelantó para hacerlo con su hija.

Esta estaba sentada al lado de lord W*** y nada había reparado hasta que oyó que decían:

—Dispensadme, apreciable señorita, y vos lord W*** si os vengo á molestar en tales momentos, pero no quiero privar por mas tiempo á mi amigo el conde de Montearroyo de la dicha de conocer á las dos personas que mas afecto me merecen. Hechos los indispensables saludos, el nuevo presentado se retiró con su amigo al otro extremo del salón, y no bien se había alejado, cuando Emilia volviéndose á lord W*** le preguntó:

—¿Conoceis al conde?

—Jamás le ví, respondió lord W***

—No sé que extraña impresion me ha causado su presencia, replicó Emilia, y luego me miraba de una manera...

—Aprensiones vuestras, querida niña: hoy estais muy nerviosa y todo lo veis con colores sombríos. Bailar un poco y tal vez eso os distraiga y os ponga de mejor humor. Ningun nuevo incidente sobrevino; concluyó la reunion y todo el mundo se retiró á descansar.

Emilia no pudo conseguirlo; la figura del conde de Montearroyo, se le representaba á cada momento, y un secreto impulso la llevaba hácia él. Deseaba volverlo á ver y al mismo tiempo tenía miedo.

Montearroyo por su parte, tampoco podía olvidar á la bella Emilia. La había visto, y su corazón la amaba; conocía que hacia mal, puesto que estaba prometida á otro, y sin embargo, no podía dominarse. Veía las terribles consecuencias que este amor insensato podía acarrearle, las temía, pero se creía impotente para contenerlas ó evitarlas.

Lord W*** había observado el efecto que en su amada produjo la presencia del jóven conde, pero al llegar á su casa, exclamó con gran tranquilidad:

—¡Bah! ya veremos á que punto llegan las cosas; si pasan de cierto límite, ó el conde me cede el puesto buenamente ó nos batimos, y estoy seguro de matarlo.

Tomada esta resolución, se acostó y pudo dormir tranquilo.

A la noche siguiente volvieron á reunirse todos. Lord W*** ocupó su sitio al lado de la interesante Emilia, y Montearroyo no tardó mucho en venir á saludarlos.

—¿No bailais, conde? preguntó Emilia profundamente conmovida

—No, contestó el interpelado. No tengo afición á esta clase de diversiones; creo que los verdaderos goces solo tienen

su asiento en el alma. Además para bailar se necesita tener un objeto ó ser feliz como vos lo sois, y yo carezco de lo uno y lo otro.

—Raras teorías, conde, replicó Emilia con dulzura, teorías que por otra parte no convienen á vuestra edad. Contareis apenas treinta años y ya estais aburrido del mundo! Permitidme que os diga que habeis vivido muy poco ó habeis vivido demasiado.

—Señorita, si conociérais mi vida, os asustaría la razon que teneis en lo que acabais de decir. Hace mucho que veo el mundo, pero poco que le miro como debe mirarse, me asusta el pasado y me espanta el porvenir.

Lord W*** que habia permanecido en silencio, se volvió y dijo:

—Si sois como decis, pedid consejos á Emilia, conde, ella os hará ver ese porvenir cubierto de flores y lleno de esperanzas: yo con un carácter apático, distraido, insensible, por causas bien estrañas por cierto, desde que la trato he cambiado completamente en fuerza de sus consejos y de su estremada bondad. Emilia me ha hecho feliz; quiera Dios que algun dia pueda yo pagarle.

En este momento vinieron á sacar á Emilia para bailar y los dos rivales se quedaron solos. Montearroyo se acercó á lord W*** y le dijo:

—¿Amáis tan poco á Emilia que me aconsejais que la trate con intimidad? ¿No temeis que eso os ocasione gravísimos disgustos?

—La quiero cuanto en este mundo es posible querer á una muger; es la única persona que me ha hecho y puede hacerme dichoso; así es que jamás dejaré de amarla, pero creo que sois un caballero, que conoceis los deberes de tal y que no faltareis á ellos nunca.

—Dios me dé fuerza para ello, dijo el conde imperceptiblemente, y ambos se separaron.

Desde aquella noche el conde de Montearroyo desapareció y no volvió á saberse nada de él, ni se habló mas del que habia sido objeto de la conversacion de toda la tertulia y el encanto de la reunion. Nos atrevemos á asegurar sin embargo, que por distintas causas, solo dos personas no le olvidaron; estas dos personas eran Emilia y lord W***

Habia pasado mas de un mes de la desaparicion del conde, cuando un dia que lord W*** trabajaba en su despacho, y preparaba los papeles para su boda con la interesante Emilia, entró el criado y le dijo que el conde de Montearroyo deseaba hablarle.

Altamente sorprendido lord W*** mandó á un criado que introdujera al conde, y al poco rato éste se presentó en el dintel de la puerta.

A no haberlo anunciado antes, hubiera sido imposible reconocerlo, tal era la variacion de sus facciones. En vez del sonrosado color que antes tenia, una palidez mortal cubria su frente, habia enflaquecido mucho, y su mirar antes tan animado y penetrante, era ahora triste y melancólico.

Se saludaron, y ambos personajes despues de tomar asiento, lord W*** empezó la conversacion diciendo:

—¿Quereis decirme, conde, en que puedo servirlos?

—Me dispensareis, noble lord, el paso que voy á dar, dijo Montearroyo. Por raro que os parezca, por estraordinario que en realidad sea, perdonadme, pero no puedo ya pasar por otro punto. Hay circunstancias en la vida en las que el

hombre se ve arrastrado ciegamente hácia un fin que desconoce. Su voluntad es impotente para oponerse á su destino y se ve forzado á ejecutar hechos contrarios á su razon y á su conciencia. Ved, pues, en mí, uno de esos hombres predestinados, y oidme con vuestra acostumbrada benevolencia.

—Podeis seguir, dijo lord W*** con calma.

—Sé que de un momento á otro vais á casaros con la hija del marqués de X*** Sé que esa boda hace vuestra felicidad y la de Emilia, pero por terrible que sea debo deciros una cosa, y es, que amo ciegamente á Emilia, que nada ha podido curarme ese insensato amor y que solo ella podria hacerme dichoso. Comprendiendo lo noble de vuestra conducta, procuré separarme de su lado, quise olvidarla, pensé imitaros, pero me faltaron vuestro talento y vuestras prendas para elevarme hasta vos. Lo que yo creí un remedio ha sido solo un aliciente para llegar mas pronto al colmo de la desesperacion. Yo sin Emilia no podré vivir, ¿Seríais tan generoso que retiráseis vuestra palabra de casamiento? ¿Podré esperar que ese enlace no se verifique? En cambio de tamaño sacrificio, ¿qué quereis que haga yo por vos? Mi dicha, mi porvenir, mi existencia, en fin, está en vuestra mano; ¿quereis salvar del precipicio á un hombre que acude á vuestra generosidad como único recurso?... ¿Qué respondeis?

Admirado quedó lord W*** de tan estraño relato, y al cabo de algunos momentos de silencio en los que era fácil ver la ansiedad de Montearroyo, dijo:

—A la verdad, caballero, que no sé si tomaros por un loco ó por un malvado; os considero con suficiente talento para comprender que tan singulares pretensiones si se sienten no deben decirse y si se dicen no merecen mas contestacion que el desprecio. Lo que me pedís es un absurdo y jamás accederé á ello. Podeis retiraros.

—Un momento, lord, pongo á Dios por testigo de que jamás pensé hacer uso de lo que voy á deciros, pero es preciso que falte á mi propósito: prestadme atencion y juzgareis lo que por mí está pasando.

Metió la mano en el gaban, sacó un bolsillo de dinero y dijo volviéndose á lord W***

—¿Conoceis este bolsillo?

Un rayo que hubiese caído á los pies de lord W*** no le hubiera dejado mas absorto, porque acababa de reconocer el bolsillo que le robaron en Andalucía. Trémulo, estupefacto y sin saber lo que se hacia, contestó:

—Si, le conozco.

—Pues entonces escuchad.

En el año de 182... un noble inglés viajaba por nuestras provincias del Mediodía con el único objeto de que le robasen y poder conocer á fondo la vida de los ladrones, que entonces poblaban aquellas deliciosas comarcas. Tropezó con una cuadrilla que lo hubieran asesinado, pero se interpuso el gefe para salvarle la vida, y habiendo ambos simpatizado, lo condujo donde satisfizo sus deseos, dándole á conocer la vida de los bandidos y obsequiándolo á su manera. Al dia siguiente lo volvió á poner en camino, se hicieron ambos una promesa y se separaron. Algunos momentos despues de quedar solo el bandido, divisó en el camino un coche donde iba una señorita y un caballero acompañados de dos criados. Hizo la señal convenida, la cuadrilla acudió y no hay para que referir los pormenores de aquella escena. Basteos

saber que la señorita se desmayó, el gefe de la partida al verla quedó prendado de ella.

El caballero era el marqués de X^{...} la señorita, Emilia su hija.

Partieron y la imágen de la jóven no pudo borrarse de la memoria del bandido. Reflexionó mucho y examinando el fondo de su alma, exclamó: Soy un malvado; la amo con frenesí y no puedo aspirar á que me corresponda. Este amor es el castigo que Dios me envía, por mis muchas culpas. Cayó el ladrón de rodillas, y entre sollozos oró por primera vez en su vida, rogó á Dios que le iluminara y que se compadeciera de él. Al concluir el rezo, se encontró mas tranquilo y reflexionando dijo: Tal vez con mi arrepentimiento, trabajando y obrando bien, pueda algun día llegar hasta ella, probemos; y tomada esta resolución abandonó la sierra y se apartó de la mala vida. Hijo de una familia distinguida, solo calaveradas de jóven le pudieron llevar á tan fatal extremo. Volvió á su casa, esplicó su ausencia de un modo plausible y á la sombra de su hidalga familia y despues de ocho años de trabajo y de disgustos pudo hacerse digno de entrar en la sociedad. La fortuna le ayudó de tal modo, que por muerte de un tío cuyo afecto supo granjearse, heredó cuantiosos bienes y un honroso título. El gefe de los bandidos de Andalucía se llama hoy el conde de Montearroyo.

Creyéndose digno ya de la hija del marqués de X^{...} se puso en camino y vino á Madrid. Llega, le presentan en casa del marqués y ve á la hechicera Emilia, al objeto de sus afanes, al ideal de sus aspiraciones. Se cree dichoso, pero en aquel momento le dicen que Emilia iba á casarse con lord W^{...} Comprenderéis el efecto que tal noticia le produciría. Le presentan á la dichosa pareja y en lord W^{...} conoce al inglés que hacia unos cuantos años habia robado. Lord W^{...} no le reconoce y no es extraño: habia pasado mucho tiempo y el bandido que era muy jóven cuando la escena de la sierra, no solo habia cambiado de trage sino tambien de fisonomía.

El conde que pudo apreciar las eminentes cualidades de lord W^{...} quiso retirarse, espantado al considerar las consecuencias que sus proyectos respecto á Emilia, podrian traer. Prueba á separarse para no turbar la dicha de aquellos dos seres el uno tan digno de ser amado y el otro tan digno de ser admirado. Se oculta, huye de la sociedad, pero no tiene ni un momento de calma ni un ráto de sosiego. El corazón domina á la cabeza y no puede sobreponerse á su insensata pasión. Sabe que la boda de Emilia va á verificarse y se presenta á lord W^{...} no á reclamarle el cumplimiento de su promesa, que esto sería indigno, sino á suplicarle que lo salve. Ya sabeis mi historia, noble lord; por ella me hice bueno, por ella volví los ojos al cielo y me arrepentí de mis faltas; la esperanza en ella me ha sostenido durante tanto tiempo, todo me falta de pronto, todo desaparece ante mí como una sombra, os negais á cederme á Emilia y tenéis razon; yo soy un loco, un insensato; lo conozco y lo siento, pero como sé tambien que no puedo vivir sin ella he tomado mi resolución. Me vuelvo á la sierra á continuar mi vida de crímenes para vengarme de la sociedad que me cierra sus puertas. He podido ser un hombre de bien, pero la Providencia, que sin duda me tiene reservado otro destino, me ha hecho tocar de cerca la dicha sin permitirme gozarla en castigo de mis culpas. A Dios, noble lord; guardad vuestra bolsa y vuestra palabra que me considero in-

digno de conservar. Al decir esto Montearroyo se arrojó sollozando en los brazos de lord W^{...} que profundamente conmovido le estrechó contra su corazón.

Pasaron algunos momentos en los que ni uno ni otro pudieron hablar, hasta que ya mas repuesto con solemne voz dijo lord W^{...}:

—Os dí una palabra un día en que me pudisteis matar y no quisisteis hacerlo; me la devolveis y no la admito, porque no quiero que nadie me gane á generoso. Hoy quedará roto mi matrimonio con Emilia, y ella que mostró siempre inclinacion hácia vos, será libre de amaros, y podreis haceros digno de la sociedad y de su amor.

Es imposible describir el efecto que estas palabras produjeron en el desgraciado conde. Le embargaba de tal modo la alegría, que no pudo dar gracias á su bienhechor y cayó de rodillas pidiéndole á lord W^{...} que lo perdonase.

—Levantaos, conde; si yo no obrase de esta manera faltaria en primer lugar, á mi palabra, á la que nunca he faltado, y en segundo sería causa á los ojos del mundo y de mi conciencia de haber vuelto al mal y haber quitado la felicidad á un hombre á quien Dios ha perdonado sin duda sus muchas faltas, y que necesita de esa felicidad para olvidar su pasado, harto triste en verdad. Cifrabá en Emilia mi dicha y mi ventura; la quiero con toda mi alma, y es tal el sacrificio que hago, que solo conociendo mi historia podriais apreciarlo. Solo vos, podrais estorbarme esa dicha. Solo templando vuestra desgracia la mia puede aminorarse. Creo obrar como debe hacerlo un hombre honrado; ¡Dios premie tanto sacrificio! Esperadme, voy á ver al marqués de X^{...}

Fué á casa del marqués, hablaron largamente y pudo retirar su palabra sin romper la amistad con aquella apreciable familia. No tuvo valor para presentarse á Emilia y rehusó el verla; su corazón no hubiera podido resistir tan terrible prueba. Volvió á su casa y encontró á Montearroyo en la misma postura que le habia dejado, tal era el asombro que la conducta de lord W^{...} le habia producido.

Se acercó lord W^{...} y le dijo:

—No me caso con Emilia, estais complacido; he hecho por vos cuanto he podido, sed dichoso y hacedla dichosa, pues lo merece. Como podreis suponer, yo no puedo continuar frecuentando la sociedad de Madrid, voy á escribir una carta despidiéndome de Emilia y vos me hareis el gusto de entregársela.

Se sentó, escribió la esquila, se acercó á un armario y sacó un legajo de papeles.

—Tomad, conde, dijo, aquí teneis la carta para Emilia y en este legajo encontrareis mi historia, si teneis tiempo y paciencia para leerla.

—¡Ah, lord! exclamó Montearroyo, ¿cómo podré pagaros tanto sacrificio, tanta abnegacion? aunque os ofreciera mi vida, creo es poco, mi agradecimiento será eterno y tendreis en mí, no un amigo, porque eso sería demasiado, pero sí el mejor de vuestros esclavos. La sublime accion que acabais de ejecutar no tiene ejemplo y Dios os la premiará, estoy seguro.

—A Dios, conde, dijo el inglés con serenidad, indicándole la puerta, tengo mucho que hacer y poco tiempo, tratad á Emilia como se merece, hacedla dichosa, acordáos de mí.

—A Dios, illustre bienhechor, perdonadme...

—A Dios, sed felices!!

Al día siguiente de la escena que acabamos de referir se estrajo del canal de Manzanares un cadáver que se dijo ser de un caballero agregado á la embajada inglesa.

Un año despues de los sucesos que dejamos narrados, Emilia y el conde de Montearroyo se casaron y partieron en seguida para el extranjero, sin que nada se haya vuelto á saber de ellos. Dueños nosotros por una rara casualidad, del manuscrito que lord W*** entregó al conde, tal vez lo publiquemos algun día en las columnas del MUSEO DE LAS FAMILIAS.

FERNANDO MELLADO.

GLORIAS DE ESPAÑA.

DERROTA DE RONCESVALLES.

I.

Uno de los personajes mas célebres de que hace mencion la historia, y uno de los mas esclarecidos reyes de Francia, fué sin duda Carlo-Magno, que fué tambien el primer emperador de Alemania. Este hombre singular, al mismo tiempo que protegía las ciencias, las artes y la literatura en unos tiempos de profunda ignorancia; al paso que reformaba las costumbres bárbaras, y establecía las bases de un buen gobierno y una sabia legislación, era al mismo tiempo un viagero infatigable, un guerrero tan valiente como intrépido, y por último, el conquistador mas afortunado de los tiempos antiguos. Despues del imperio de los romanos, no puede citarse otro mas vasto que el de Carlo-Magno, que en sus continuas expediciones guerreras, agregó á los dominios que habia heredado de sus mayores, estados suficientes para ser coronado en el año de 800 por el Sumo Pontífice, como grande y pacífico emperador de los romanos.

Pero este hombre siempre vencedor, no fué tan afortunado en España, y sufrió el primero y mas sangriento descalabro, cuando atravesando los Pirineos, invadió la península española, recibiendo ese triste y perpétuo desengaño de cuantos con miras siniestras han pisado esta tierra privilegiada, desconociendo los nobles y belicosos sentimientos de sus generosos habitantes. Guerreros indomables eran los sajones, y sin embargo, al fin Carlo-Magno los sujetó, despues de treinta y dos años de una guerra de esterminio: la conquista de la Baviera y de la Lombardia fueron empresas todavia mas fáciles para el dichoso monarca; pero la expedicion á España fué la ruina de su ejército mas escogido y una mancha que en su memorable reinado encuentra la severa posteridad.

El motivo de esta invasion fué el prestar auxilio á los wálles ó gefes árabes de Zaragoza y de Huesca que en continuas reyertas con otros reyezuelos colindantes, no titubeaban en acudir al auxilio extraño con tal de no ser humillados por sus contrarios, hasta que unos y otros lo fueron en su día por el poderoso Abderramen, vencedor de todos los disidentes de España. Favorable se le presentaba la ocasion á Carlo-Magno para estender sus conquistas, y bajo pretexto de socorrer á los gefes árabes sus aliados, aceptó la soberanía de sus provincias y fué haciéndose dueño poco á poco

de varias plazas de Aragon, Navarra y Cataluña. Poco le duró su posesion, porque así que ya no fué un secreto el que los francos pretendian hacerse dueños de todo el país que se estiende entre los Pirineos y el Ebro, tuvieron tantos enemigos como habitantes habia en estas comarcas, y Carlo-Magno trató de volverse con tiempo á Francia, antes que le cortasen la retirada en un levantamiento general. A medida que los francos iban abandonando el terreno, los árabes se pronunciaban en abierta rebelion, faltando á sus juramentos de fidelidad, y siguiendo á lo lejos al ejército, ansiosos de arrebatarle el inmenso y rico botin que á Francia se llevaba.

Temía y con razon Carlo-Magno el paso de los desfíladeros de la montaña para volver á Francia; pero se hallaba en el ejército su sobrino Roldan, el mas temido de los caballeros de la época, y el único que podia manejar la tan larga como cortante espada *Durandal*, tan renombrada en todo el universo. Cuando tan valiente paladin se ofreció á asegurar la retirada del ejército, cubriendo la retaguardia para rechazar cualquier traidor ataque del enemigo, ya todos caminaron tranquilos, y los que mas espuestos quedaban al peligro, al sentirse asaltados de algun súbito temor, se tranquilizaban unos á otros exclamando:

—Roldan está con nosotros.

II.

No fueron los árabes rebeldes y desleales los que vinieron á realizar los temores que agitaban á los guerreros de Carlo-Magno al emprender su retirada á Francia. Los montañeses vascongados, y particularmente los navarros, que nunca habian sufrido el yugo extraño, y legítimos descendientes de los que habian buscado un asilo y conservado su independencia en aquellas inaccesibles montañas, no pudieron ver, sin tanta sorpresa como indignación, turbado el sosiego de sus valles por el confuso rumor del ejército extranjero que avanzaba.

Miraban ellos á sus queridas y pintorescas montañas como unas barreras naturales, levantadas por el mismo Dios para que los hombres del Norte no las rebasasen jamás, y ya que se habian atrevido á hacerlo, era preciso que allí encontrasen su sepulcro. Pocos en número, pero dirigidos por diestros gefes y contando con las ventajas que les ofrecía el terreno, se interpusieron entre el grueso del ejército enemigo y la retaguardia, resueltos á hacer un terrible escarmiento en los orgullosos paladines que en ella venian. Apareció de improviso en la garganta mas estrecha del desfíladero de Roncesvalles, dan la voz de alto á todo el cuerpo de ejército que viene por el valle, y todo el cuerpo de ejército no tuvo mas remedio que obedecer. Entonces Roldan, Oliveros, Thierry, los demás pares de Francia y los caballeros que á lo último venian, creyendo aquel el puesto de honor, avanzan llenos de cólera, y blandiendo sus formidables armas, van á arrojar sobre aquel puñado de hombres temerarios, cuando el eco de las bocinas y el estrépito de mil voces atronadoras resuenan en la cumbre de la montaña. Los franceses levantan la vista y ven las cimas coronas á derecha é izquierda por hombres armados y de aspecto amenazador.

—Perdidos somos, exclama involuntariamente Roldan; mas recobrando al instante toda su presencia de ánimo, grita con ardimiento:

—Amigos, no nos queda mas recurso que morir con gloria. Abramos paso á toda costa.

Este fué el único consuelo que en tan apurado trance lograron aquellos guerreros, el de abrir paso para que en el mas completo desórden y con inmensa pérdida, pudieran salvarse algunos fugitivos. En cuanto á ellos, ligados por el pundonor, preferían mil veces la muerte á una vergonzosa huida.

—Rendíos, franceses, les gritaban por todas partes.

—¡Jamás! y antes de que nos rindamos, estas montañas han de caer desplomadas sobre nosotros.

No parece sino que estas palabras fueron una evocacion ó un conjuro, porque en el mismo instante y como si las montañas sacudiesen á un tiempo sus cimas de granito, enormes peñascos bajaron rodando desde la cumbre arrollando y aplastando al paso cuanto enecontraban. Las piedras pequeñas venían por el aire dirigidas por certero pulso, lo mismo que los dardos y azagayas; pero los enormes pedazos de roca, desgajados por los robustos brazos de los montañeses, bajaban dando tumbos, y despues de aplastar filas enteras, todavía llegaban rodando hasta el torrente haciendo saltar con estrépito las aguas. Ni hay sitio seguro contra aquellos proyectiles, ni medio de librarse de tan espantosa destruccion. Roldan, por la primera vez en su vida, coge su olifante ó bocina de márfil y le tañe con fuerza implorando socorro. Despues con Oliveros y los que aun sobreviven intenta desesperado escalar la montaña por una parte que le parece mas accesible; pero esto les hace blanco de todos los tiros del enemigo y aquellos valientes dignos de mejor suerte bajan despeñados al fondo, con las armaduras hechas trizas y las carnes magulladas. Roldan es el único que antes de espirar, puede concentrar todas sus fuerzas para lanzar con su bocina el último grito de angustia; un prolongado y tristísimo sonido.

III.

Despues de una marcha fatigosa por los estrechos desfiladeros y al través de las gargantas de las montañas, saliendo ya á terreno menos quebrado, así el emperador Carlo-Magno, como sus caballeros, divisaban ya á lo lejos las apeteccidas tierras de la Francia. Esta vista, sin embargo, no producía en el monarca la natural emocion que era de esperar y caminaba silencioso, cual si tristes presentimientos le agitasen ó no estuviese satisfecho de el resultado de aquella expedicion: de improviso tira de las riendas á su caballo y haciendo alto, pregunta á los pares y nobles que le rodean:

—¿Habeis oído? y viéndolos á todos suspensos y admirados, continuó.—Me parecía haber oído á lo lejos la bocina de Roldan, la cual él no tañería si no se viese necesitado de auxilio.

—Donde se halle Roldan, dijo Ganalon siempre desleal, no hay que temer. Entremos pronto en nuestra querida Francia.

—Pudiera ser, dijo Eginardo, el eco lejano de alguna bocina de pastor, recogiendo sus rebaños al aproximarse la noche.

No satisfecho el monarca con estas esplicaciones, caminaba mas despacio y con el oído atento, cuando por la segunda vez percibió aquel eco lejano, y esta vez no cabía duda, aquel sonido era del olifante ó bocina de marfil del valeroso Roldan.

—Mi sobrino nos llama. ¿No escuchais?

Y el eco de la bocina, aunque lejano y confuso, pudo entonces ser percibido por todos cuantos rodeaban al monarca.

—¡Traicion! ¡traicion! decían unos.

—Preciso es que Roldan se halle en el último apuro, cuando así nos llama, decían otros.

—Pronto, pronto, caballeros... al galope, gritó Carlo-Magno: volemos al socorro de Roldan.

Y volviendo la brida del caballo, partió á la carrera. Hubo un corto momento de indecision, y en seguida toda la masa de ginetes se precipitó al galope como un impetuoso torrente, haciendo estremecer la tierra con el pisar de los caballos. No hay uno siquiera que adelante al rey Carlo-Magno: su capa roja y su penacho ondean delante de todos, tanta es la impaciencia que le agita y la angustia mortal con que vuela al socorro de su amado sobrino, y de sus valientes caballeros.

Ya á la entrada de los desfiladeros, se presentan á su vista algunos franceses fugitivos, magullados, cubiertos de sangre y en el estado mas lastimoso. Tratan de contenerlos, mas es en vano, tal es el terror de que se hallan poseidos. En aquel desórden y confusa gritería, solo se perciben las voces pavorosas de

—¡Atrás! ¡Huid los que aun podais hacerlo; de nada sirve el valor! ¡La muerte segura se halla en esas gargantas malditas!

Pero estas fatídicas palabras, lejos de acobardar á Carlo-Magno y los que le seguian, no hicieron mas que redoblar el ardor con que se precipitaron por entre los picos erizados y al través de los torrentes y desfiladeros, hasta llegar al sitio de la refriega.

Allí en el fondo de aquel ya oscurecido valle ¡qué espectáculo tan lastimoso se ofrece á su vista! Los pares, los barones, los condes francos yacen muertos ó moribundos con las armaduras ensangrentadas, unos aplastados por las rocas y otros traspasados por los dardos y azagayas.

Allí ha quedado sin vida la flor de los guerreros de Carlo-Magno y ni un solo enemigo se presenta de quien tomar venganza. El único consuelo que le queda al monarca, mudo de dolor, es el de poder tributar los honores fúnebres á Rolando y sus valientes compañeros. Recogiendo con esmero los principales cadáveres y formando con ellos un triste convoy, vuelven los franceses á internarse en su patria, sin animos de repetir invasiones en tierra estraña, y siendo desde entonces para ellos el nombre de *Roncesvalles* de tan triste augurio como funesto recuerdo.

F. FERNANDEZ VILLABRILLE.

LOS GANSOS.

Si no existiese el caballo, de seguro no sería tan despreciado el asno; lo mismo sucede con el ganso. El cisne le ha perjudicado; este rey de las aves acuáticas, incomparable modelo de nobleza y gracia, nos impide fijar la atencion en el ganso, de tan respetable corpulencia, de una presencia que no carece de dignidad, y de un plumage tan limpio como lustroso. Se le ha arrojado de los parques, de los estanques, de las fuentes de mármol, y se le ha relegado como las

otras aves comunes al corral, donde no se le juzga bueno sino para ser engordado, desplumado y comido. Debemos convenir en que el ganso cuando está meciéndose con las plumas erizadas, el cuello plegado y como dislocado, la cabeza baja y su gran pico abierto, no tiene mucha gracia, pero nótese que entonces el ganso está colérico, tiene miedo, está fuera de sí; y es menester pensar que en los momentos de pánico y furor el hombre mismo no está muy hermoso que digamos.

Salgamos del corral, sigamos á Audebon en medio de los

desiertos, lleguemos á las orillas de las solitarias aguas y podremos juzgar si una familia de gansos silvestres en estado de libertad es incapáz de ofrecernos un cuadro poético. La mayor injuria que se ha podido hacer al ganso, es el declararle estúpido, á tal punto, que á un hombre tonto ó necio se le dá este nombre, poniendo al ganso como tipo de la imbecilidad. Aquí tenemos nosotros que protestar con todas nuestras fuerzas, por que precisamente es todo lo contrario; es una de las aves mas sagaces, mas inteligentes, y todos los actos de su vida denotan una penetracion superior. Cuando



Gansos del jardin de aclimatacion.

los gansos hacen sus grandes viages de emigracion (del Norte al Sur en otoño; y del Sur al Norte en la primavera), ved con que ingeniosa táctica proceden para atravesar el espacio con la menos fatiga posible. Se colocan sobre dos líneas oblicuas y forman adelante un ángulo agudo, ó sobre una sola línea, si no es numerosa la bandada. El ganso que se halla en la punta del ángulo hiende primero el aire y arrastra á los demás; despues, cuando se fatiga, se retira á la última fila para descansar, y cada cual á su vez va tomando asi el primer lugar. Solo los endebles permanecen siempre á reta-

guardia. Déjase caer el bando sobre un pantano ó sitio húmedo para alimentarse: ¡que de precauciones toman! Hay siempre dos ó tres machos que hacen centinela, y que no cesan de tener el ojo y el oido en acecho. Un ciervo ó jabalí se aproximan á beber; no hay nada que les puede turbar; pero allá bajo se desliza un hombre; roza algunas hojas secas; este ruido apenas perceptible es reconocido inmediatamente por ellos; dan en seguida la voz de alarma los centinelas; se enderezan todos los cuellos, quedan escuchando; se aproxima el peligro y la banda entera se precipita á la misma se-